

Un novio millonario

Pecados inocentes

ANNE MATHER

Un novio millonario

ANNE MATHER

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2000 Anne Mather. Todos los derechos reservados.
UN NOVIO MILLONARIO, Nº 57 - 1.8.06
Título original: The Millionaire's Virgin
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

© 2000 Anne Mather. Todos los derechos reservados.
PECADOS INOCENTES, Nº 57 - 1.8.06
Título original: Innocent Sins
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2000 y 2001.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 84-671-3649-9
Depósito legal: B-28351-2006
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

EL hombre que estaba sentado en la mesa no era Martin Price.

El estómago le dio un salto a Paige mientras seguía al camarero que la conducía por el restaurante. Debía tratarse de un error. Los hombros de Martin no eran tan anchos, su piel no era tan oscura y él era rubio, no tan moreno como el desconocido.

Estaba a punto de decir algo cuando el hombre se puso en pie y se volvió hacia ella.

—Ah, Paige —dijo y a ella le temblaron las piernas—. Me alegro de que hayas venido.

Paige no supo qué hacer ni qué decir. En aquel momento supo que era un error y lo había cometido ella. Había pensado que iba allí a encontrarse con su ex novio, pero era evidente que solo había sido un

truco de alguien para atraerla allí. Se volvió al camarero, pero él ya se estaba marchando y, aunque quiso seguirlo, la gente los estaba observando y ella era demasiado cobarde como para hacer una escena.

—¿Quieres sentarte? —dijo el hombre sonriendo e indicándole la silla delante de ella—. Me alegro de volverte a ver.

Paige dudó.

—No entiendo.

—Lo entenderás. Si me das unos minutos de tu tiempo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Oh, creo que me debes mucho más que eso. Por favor. Siéntate.

Paige obedeció por fin y se sentó agarrándose al bolso como a un clavo ardiendo.

—Muy bien —dijo él sentándose a su vez—. ¿Qué quieres beber?

Él estaba tomando vino tinto y se sintió tentada a lo mismo, pero no tenía ninguna intención de darle ninguna ventaja.

—Agua mineral, por favor —murmuró al camarero que se había acercado.

—¿Agua mineral?

El tono del hombre era de broma, pero ella se negó a dejarse intimidar.

—¿Qué quieres, Nikolas? —preguntó evitando su mirada.

No quería volverlo a mirar a los ojos de nuevo. No quería sentir la repentina oleada de deseo que había sentido cuando vio quien era.

—¿Dónde está Martin? —añadió.

—No va a venir. Ah, aquí está tu agua.

Paige lo miró, ignorando por completo al camarero.

—¿Qué quieres decir con que no va a venir? Creo que será mejor que me digas lo que está pasando.

—¿Sí? Parece que él no te explicó la situación cuando habló contigo.

—No.

Paige no quiso decirle que fue la secretaria de Martin la que se había puesto en contacto con ella y había organizado la cita. Se había sentido tan aliviada de saber de él de nuevo que no había preguntado por qué había decidido invitarla tan inesperadamente a almorzar después de haber roto su compromiso, y lo había hecho en uno de los más exclusivos restaurantes de Londres. El hecho de que fuera uno de sus favoritos la había convencido de que Martin se lo había pensado mejor y quería seguir con ella.

Había sido una auténtica tonta.

—¿No sabes por qué te he invitado?

—¿No te lo acabo de decir?

—Dime, ¿cuánto tiempo habéis estado juntos Price y tú?

—¿Y eso qué te importa?

—Dímelo.

—¿Por qué?

—Bueno, si vamos a tener una relación de trabajo...

—¿Qué?

—Tranquilízate. Tú estás buscando trabajo, ¿no?

Y puede que yo tenga uno para ofrecerte.

—No, gracias.

Paige apartó la mirada y se preguntó por qué le habría hecho eso Martin a ella. Había creído que la amaba. Pero también se había equivocado en eso. Se había equivocado en todo.

—No seas tonta —dijo Nikolas—. Bebe, te sentará bien.

—No quiero nada.

Paige se dio cuenta de que se estaba portando como una niña mimada, pero las cosas estaban yendo demasiado deprisa para que ella pudiera mantener algo de control sobre sus emociones—. Me gustaría saber cómo Martin supo que tú... que tú y yo habíamos...

—¿Sido amantes?

Paige se ruborizó.

—Que nos conocíamos. Nunca fuimos amantes.

—No —admitió él—. Si no, no habrías hecho lo que hiciste, ¿*ohi*?

—Yo no hice nada. Nada malo, quiero decir. ¿Cómo supo Martin que nos conocíamos?

—No lo supo. Por lo que a tu novio se refiere, nos acabamos de conocer ahora mismo.

—No es mi novio. ¿Te pareció divertido traicionarlo de esa manera?

—Yo no he traicionado a nadie —dijo él con cara de disgusto—. Tu Martin no es el tipo más perceptivo que conozco.

—No es mi Martin.

—No. Él me dijo lo mismo.

—¿Te dijo...? ¿Ha hablado contigo de nuestra relación?

—Digamos que, cuando tu nombre apareció en la conversación, yo lo convencí para que confiara en mí. Puedo ser muy persuasivo, como estoy seguro de que puedes recordar.

Paige agitó la cabeza sin querer pensar en eso.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo es que lo conoces?

—Ah. Sucede que estaba buscando un nuevo asesor financiero y su empresa, Seton Ross, tiene muy buena reputación.

—¿Así que lo conociste por casualidad?

—¿De qué otra forma si no?

Ella agitó de nuevo la cabeza.

—No te creo.

—¿Por qué no?

—Porque si Nikolas Petronides se acerca a una empresa como Seton Ross, no lo dejan en manos de uno de sus socios menos importantes. Te habría atendido cualquiera de los jefes.

—Cierto —dijo Nikolas sonriendo—. Me agrada ver que crees que me merezco una evaluación más experta que la que me podría ofrecer tu... amigo. Eso demuestra que no te dejaste engañar por completo por sus muy evidentes encantos. Da gracias a que él rompiera el compromiso, *agaphita*. Tú te mereces mucho más, seguro.

—Sigo queriendo saber cómo es que terminasteis hablando de... mi situación.

—Sí, bueno. Déjame ver, ¿cómo fue la conversación? Creo que estábamos hablando de la reciente caí-

da de la bolsa y de cómo las firmas de corredores de bolsa no son inmunes al colapso. Naturalmente, se habló de los Tennant.

—¡Naturalmente!

—Fue después de una de las caídas más desastrosas de la década, ¿no? Y la muerte reciente de tu padre fue una verdadera tragedia. Por favor, no sabes lo mucho que lo siento. Lo que lo sentí por ti y por tu hermana.

—No necesitamos tu compasión —respondió secamente Paige.

Pero a pesar de que su padre había muerto hacía ya meses de un ataque al corazón, seguía sintiendo su pérdida.

—*Etsi ki alios*, es sincera. Aunque a mí no me cayera nada bien, no le desearía lo que le sucedió ni a mi peor enemigo.

—Así que decidiste ofrecerme a mí un trabajo —dijo ella amargamente—. ¡Qué amable!

—No te pongas así, Paige. No te pega. Solo porque tu novio te haya dejado, no...

—¿Cómo te atreves?

Paige trató de levantarse, pero el camarero pensó que pretendía acercarse más a la mesa y le empujó la silla antes de ofrecerle la carta.

Paige se vio obligada a quedarse entonces.

—¿Cómo te atreves? —le preguntó de nuevo—. ¿Cómo te atreves a hablar de mi vida privada con...?

—¿Con el hombre con el que esperabas compartirla? Tal vez deberías preguntarle a él por qué anda por ahí contando que las hermanas Tennant se han

quedado prácticamente en la ruina.

—Oh, pienso hacerlo.

—¿Qué? ¿Y darle la satisfacción de saber el mucho daño que te ha hecho? Piénsatelo, Paige. Como ya te he dicho antes, él no merece la pena.

—¿Y tú sí?

—Digamos que yo tengo razones para disfrutar de tu humillación y él no.

—¿Y es a eso a lo que viene todo esto? ¿A la humillación?

—No.

—Oh, por favor... Por lo menos ten la decencia de decirme la verdad.

—Y lo haré. Si me lo permites. Almuerza conmigo. Después de todo, es para lo que has venido.

—Para almorzar con Martin —lo corrigió ella—. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque estás aquí, porque eres curiosa... deja que te cuenta por qué dejé que Price organizara esta cita.

Paige respiró profundamente y entonces volvió el camarero.

Nikolas le preguntó si pedía por los dos y ella asintió.

Cuando hubo pedido, el camarero se alejó de nuevo para dar paso al somelier.

Nikolas pidió una botella de Chardonnay del noventa y siete.

Cuando también el somelier se hubo alejado, él le preguntó:

—¿Quieres saber lo del trabajo, *ne*?

—¿De verdad que se trata de un trabajo?

—¿Crees que si no yo estaría aquí?

—Tal vez.

—Primero, ¿estoy en lo cierto al pensar que estás buscando uno?

Paige se ruborizó.

—Si Martin lo ha dicho es que debe ser cierto —respondió ella por fin—. Supongo que también te ha contado que no estoy preparada para nada.

—¿Has hablado de tus problemas con él? —le preguntó Nikolas frunciendo el ceño.

—No. Lo hizo Sophie. Está desesperada por que yo encuentre un trabajo para que podamos encontrar algún otro sitio donde vivir.

—Ah, Sophie. Tu hermana. Desafortunadamente, nunca fuimos presentados.

Paige se encogió de hombros.

—Ella estaba en el colegio cuando... cuando...

—¿Cuando tu padre trató de cegarme con la belleza de su hija mayor? Sí, lo sé. ¿Qué edad tiene ella ahora?

—Dieciséis. Y papá solo nos presentó. No fue culpa suya que nosotros... que tú traicionaras su confianza.

NiKolas sonrió.

—Realmente tú no crees eso.

—¿Por qué no? Y el trato Murchison parecía ser una proposición atractiva. Él te estaba haciendo un favor al ofrecerte una oportunidad de invertir...

—En algo que se fue al traste solo unos meses después. Si lo hubiera hecho, yo habría perdido un buen montón de dinero.

Paige pensó que él se lo podía haber permitido, pero no dijo nada.

—Podía haber sido un éxito si tú lo hubieras apoyado.

—Sé sincera. La naviera ya estaba perdiendo dinero y lo único que quería tu padre era a alguien con quien compartir su error. ¿Por qué si no te crees que destruyó nuestra relación? Tan pronto como se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo conmigo, fue a por el siguiente... ¿Cuál fue la palabra que tú utilizaste? ¿Idiota? Sí, idiota.

—Eso no es cierto.

—Por supuesto que lo es.

—No.

—Sí.

Entonces les llegó el primer plato.

—Tal vez debiéramos hablar de por qué hice que Price te invitara a almorzar —dijo él después de que el camarero se alejara de nuevo—. Estoy seguro de que entiendes por qué hice que fuera él quien te invitara. Si lo hubiera hecho yo, la habrías rehusado.

—Tienes razón, no habría venido.

—Ya lo sabía. Es por eso por lo que le sugerí a Price que, como amigo tuyo, debería organizar esta reunión.

Paige vio que el camarero le servía vino también a ella y, cuando estuvieron solos de nuevo, dijo:

—¿Y Martin no tenía ni idea de que ya nos conocíamos?

—Me temo que no. Pobre Paige. Parece que los

hombres de tu vida están deseando arrojarte a los lobos, ¿no?

—¿Es esto una advertencia, Nikolas?

—Puede.

No volvieron a hablar hasta que les sirvieron el primer plato y entonces fue Paige quien lo hizo.

—Yo hubiera pensado que sería Yanis quien se ocupara de contratar a la gente. ¿Sigue contigo?

—Sí, sigue siendo mi ayudante, *ne*. Pero este es un asunto más delicado.

—¿Por qué?

—Porque es algo personal —respondió él y le dio un trago a su vino—. El trabajo que tengo en mente concierne a mi protegida. Y en esas circunstancias, no me parece bien dejar la decisión en manos de Yanis.

—¿Tu protegida? —preguntó ella extrañada—. No sabía que tuvieras una.

—Porque no la tenía cuando nosotros... nos conocimos. El padre de Ariadne era un buen amigo mío y, cuando se mató con su esposa hace tres años, descubrí que me había nombrado tutor de su hija. Ella no tenía otros parientes, ¿entiendes? *Oriste*, tengo una protegida.

—Ya veo. Eso es toda una responsabilidad. ¿Qué edad tiene la niña?

—Diecisiete años. Como puedes ver, ya no es mucha responsabilidad.

—Oh. Entonces, ¿por qué...?

—Estoy buscando a una joven de buena familia que... ¿cómo podría decirlo? Que le haga compañía

en verano. Y para que comparta con ella todas esas confidencias de mujer que ya no puede compartir con su madre.

—¿Y tú pensaste que yo...?

—En ausencia de otras ofertas, sí. ¿Por qué no?

Paige tragó saliva.

—Yo no podría trabajar para ti.

—No seas tonta, *Agaphita* —dijo él mirándola fijamente—. Tendrás todos los gastos pagados y un generoso sueldo, y no será nada duro.

—No estoy a la venta, Nikolas.

—No, pero andas mal de dinero, ¿no? Y tú misma has dicho que tu hermana está ansiosa por que encuentres un trabajo, ¿*ne*?

Paige dejó el tenedor sobre la mesa.

—Esta conversación no tiene sentido. Yo no hablo griego.

—Pero Ariadne habla inglés. Sigue en el colegio, por supuesto, pero ha recibido una educación muy esmerada.

—Entonces seguro que es muy capaz de cuidar de sí misma —dijo Paige pensando en su propia hermana.

Sophie se moriría si alguien le dijera que necesitaba un acompañante, así que añadió:

—Además, como ya sabes, yo tengo una hermana, a quien... a quien... no puedo dejar sola.

Lo cierto era que Sophie había sido de gran ayuda para ella desde que la tuvo que sacar del caro colegio al que había estado yendo.

Ni tampoco la podía dejar con su tía Ingrid. Des-

de la muerte de su padre se habían quedado en la casa de la hermana de su madre, en Islington. Su hermana y su tía se llevaban tan mal que ella tenía que estar interviniendo constantemente para que se pudieran seguir hablando.

—Entonces, llévala contigo —dijo Nikolas—. Ella estará también de vacaciones, ¿no? Y a mí me gustaría que Ariadne se quedara en mi casa en Skiapolis en el verano. Hay mucho sitio, como ya sabes y puede que tu hermana y Ariadne se hagan amigas. Son de una edad parecida.

Y lo eran, pero Paige se podía imaginar la reacción de Sophie cuando le contara aquello. A pesar de que su hermana estaba muy molesta por las circunstancias en las que se veían forzadas a vivir y culpaba a su padre por no haber previsto su mantenimiento, seguro que no le gustaría nada la idea de dejar Londres e irse a vivir a una isla muy poco sofisticada en el Egeo. Además, acababa de acomodarse en su nueva situación y, a pesar de que a Paige no le gustaban mucho sus nuevos amigos, no tenía muchas ganas de desarraigarla otra vez.

—No lo creo. Me temo que has perdido el tiempo.

—Por lo menos piénsatelo, Paige. Yo seguiré en Londres unos cuantos días más y me podrás localizar en este número de teléfono.

Sacó entonces una tarjeta de visita y escribió un número en el dorso antes de dársela.

—Toma.

Paige la tomó de mala gana y, cuando lo hizo, Nikolas le agarró la mano.

—Por favor, piénsatelo —repitió suplicante.

Ella luchó entonces contra el calor interno que le produjo ese contacto. Su cuerpo no había olvidado a ese hombre.

Por fin, él la soltó y ella se la colocó inmediatamente en el regazo y rogó que él no se diera cuenta de su reacción.

Aunque no quería, aceptó el postre y un café. Mientras tanto, pensó que tenía más de una razón para rechazar su oferta. Aunque fuera la única oferta de trabajo que recibiera, no podía trabajar para él. Aparte de todo lo demás, no quería resultar herida de nuevo, y Nikolas Petronides no tendría el menor reparo para recuperar lo que él creía que era propiedad suya...

Capítulo 2

PAIGE tomó el metro de vuelta hasta Islington. A esa hora de la tarde no iba muy lleno, así que logró sentarse y allí pensó en lo rápido que se había acostumbrado a ir en metro en vez de en taxi como antes.

Cuando salió del restaurante estaba lloviendo y no quiso aceptar la oferta de Nikolas de pagarle un taxi. Aunque estaban en junio, todavía hacía frío y el bonito vestido de Chanel que se había puesto para la ocasión estaba bastante mojado y esperaba que no se ensuciara. Sophie y ella se estaban viendo obligadas a conservar en buen estado toda la ropa que tenían y había sido todo un gasto para su menguada economía proporcionarle la ropa necesaria a su hermana para el nuevo colegio.

Suspiró. Si su padre siguiera vivo... Pero el caso era que él había muerto como había vivido, sin hacer ninguna previsión para el futuro y lo único que les había dejado a sus hijas era un montón de deudas y el desagradable deber de salvar lo que pudieran de lo que habían tenido. Que tampoco era mucho. La bonita casa de Surrey tenía dos hipotecas y habían tenido que vender hasta las joyas de su madre para pagar deudas.

Era una suerte que su madre no hubiera vivido para verlo. Annabel Tennant había muerto de cáncer cuando Paige tenía diecisiete años y Sophie solo diez. Fue desde entonces cuando su padre empezó a arriesgarse mucho con el dinero de sus clientes. Fue como si la muerte de su esposa lo hubiera convencido de que no tenía sentido pensar en el futuro. La muerte de su esposa lo había afectado mucho.

Fue por eso por lo que Paige dejó los estudios sin terminar, para ayudarlo en lo que podía y para animarlo a sobreponerse a esa muerte.

Ella lo había hecho con gusto y, hasta que le presentó a Nikolas Petronides, le había importado poco el hecho de que los hombres con los que salía habían tenido tratos con su padre.

Por supuesto, él también le había dado su aprobación a Nikolas, por lo menos al principio. Pero cuando descubrió que el griego no tenía la menor intención de invertir dinero en sus proyectos, se volvió en su contra. Y Paige no tuvo la menor duda de a quien debía su lealtad.

Y era por eso por lo que no podía aceptar la oferta

de Nikolas. Aparte de por el hecho de que, en su momento, llegaron a conocerse demasiado bien, no quería tener nada que ver con él. A su manera, él era como Martin, estaba usando la situación para humillarla y, por muy atractiva que pudiera parecer la posibilidad de pasar un verano en Grecia, por no mencionar el generoso sueldo que le había mencionado, ella necesitaba un trabajo de verdad y con alguien que no estuviera dispuesto a vengarse.

Pero no quería pensar en ello en ese momento. Hacía ya cuatro años que había terminado su relación con Nikolas y, desde entonces, ella había insistido en hacerse cargo de su propia vida. Aunque no había tenido mucho éxito, pensó. Su relación con Martin no lo había sido precisamente. Pero entonces no se había dado cuenta de que el joven y atractivo contable estaba más interesado en progresar en su trabajo que en ser el novio de la hija de Parker Tennant. Él se había imaginado que podría entrar a formar parte en la empresa de su padre como una especie de recompensa por salir con su hija. Por supuesto, cuando su padre murió repentinamente, él recompuso sus planes. En muy poco tiempo, Paige descubrió que su noviazgo solo había sido tan seguro como el balance bancario de su padre y, a pesar de que Martin le puso como excusa que había conocido a otra persona, ella había sabido exactamente lo que significaba aquello.

Por eso se había sentido tan mortificada cuando supo que Martin había organizado la cita con Nikolas Petronides. Estaba muy claro que lo que pretendía

era poner distancia entre ellos y casi deseó poder contarle lo que Nikolas y ella habían sido en su tiempo. ¿Se pondría celoso? Lo dudaba. Del dinero de Nikolas, tal vez, pero de nada más.

Cuando salió del metro, descubrió aliviada que había dejado de llover, lo que no estaba mal, ya que tenía un paseo de diez minutos hasta su casa y no llevaba paraguas.

Antes incluso de abrir la puerta de la casa pudo oír los gritos de su tía y su hermana. Incluso algunos de los vecinos se habían asomado para cotillear.

¿Qué pasaría ahora? Miró su reloj. Apenas eran las tres de la tarde. Sophie debería estar en el colegio. ¿Es que no tenía ya suficientes preocupaciones?

—Eres una niña estúpida y egoísta —estaba gritando su tía Ingrid.

—Y tú una vieja bruja.

Entonces se oyó una sonora bofetada. Su hermana gimió y, al parecer, respondió de la misma manera. Paige cerró la puerta y se dirigió decidida al salón. Su tía había caído sobre el sofá con una mejilla enrojecida.

—¡Por Dios! —exclamó mirándolas incrédula—. ¿Qué está pasando aquí? Os he oído desde la calle.

Sophie no dijo nada y fue a salir del salón.

—¿A dónde te crees que vas? He preguntado qué pasa aquí, pero lo voy a saber de todas formas. ¿Es que te han echado del colegio o qué?

—Pregúntaselo a ella —dijo Sophie mirando furiosa a su tía—. Ella es la que ha estado hurgando en mis cosas.

—Te lo he preguntado a ti. Esta es la casa de la tía Ingrid, no la tuya —dijo Paige con el corazón encogido por la posibilidad de que su hermana tuviera razón en enfadarse.

—Pregúntale lo que tiene en el cajón de la ropa interior.

La voz de la tía Ingrid era débil. ¿Qué estaría escondiendo Sophie? Pero entonces se dio cuenta de que lo que había dicho su hermana acerca de que su tía había estado hurgando sus cosas era cierto.

—Sí, ¿qué? —exclamó Sophie—. La muy bruja ha estado hurgando en mis cajones. Ya te dije que aquí no teníamos ninguna intimidad.

—Es una drogadicta, Paige —dijo la tía—. En mi casa. Nunca pensé que viviría para ver como la hija de mi propia hermana...

—¿De qué está hablando la tía Ingrid? ¿Por qué dice que eres una drogadicta?

—Está mintiendo.

—No miento —dijo la tía.

—Sí. No sabe de lo que está hablando. No soy una drogadicta. ¡Por Dios! Dudo que ella se diera cuenta aunque lo fuera.

—Sé cómo huele la marihuana. No sois la primera generación que descubre las drogas, ¿sabes?

—¿Y? Tú no eres mejor que yo.

—¡Yo no me meto heroína! —exclamó la tía Ingrid y Paige se quedó boquiabierta.

—¿Heroína? —dijo mirando a su hermana—. ¿Es eso cierto? ¿Has estado metiéndote heroína?

—No.

—¿Entonces qué hacía en tu cajón? —preguntó su tía.

—Oh, debería haber sabido que te pondrías de su lado —murmuró Sophie sin responder—. Diga lo que diga ahora no me vas a creer.

—Inténtalo.

—Paige, ve a vuestra habitación y verás que lo que digo es cierto. La marihuana tiene un olor peculiar. Fue por eso por lo que miré entre las pertenencias de Sophie. Me imaginaba que me encontraría unos porros.

Paige agitó la cabeza.

—Tía Ingrid, yo no reconocería la marihuana. Puede que te resulte estúpida, pero no me he fumado un porro en mi vida. Pero creo que has dicho que encontraste heroína en el cajón, ¿no?

—Sí.

Sophie intervino entonces.

—No tiene derecho a criticarme. Es evidente que conoce las drogas, si no, no me estaría acusando ahora.

—¿Admites que has fumado marihuana? —preguntó horrorizada.

—¿Dónde has estado viviendo en los últimos diez años, Paige? ¿En otro planeta?

—No te atrevas a intentar justificarlo —gritó su tía, pero Sophie no la estaba escuchando.

—Todo el mundo la fuma hoy en día —dijo ella.

Paige la miró incrédula.

—Yo no —dijo.

El pánico se apoderó de ella.¿Qué iba a hacer

ahora? Cuando aceptó la responsabilidad de cuidar de Sophie nunca se imaginó que fuera a pasar aquello.

Su tía dijo entonces:

—¿No te estás olvidando de una cosa, Paige?

Luego se sacó una bolsita de plástico con un polvo blanco del bolsillo de los pantalones y añadió:

—De esto.

—Oh, Sophie. ¿De dónde la has sacado? ¿Qué hacía en tu cajón?

Sophie se encogió de hombros.

—Eso es cosa mía.

—No mientras sigas viviendo en mi casa, jovencita —dijo su tía.

—No vamos a seguir aquí mucho más tiempo —respondió Sophie—. Paige va a encontrar un sitio donde podamos vivir, ¿no es así, Paige? Algo mejor que esta caja de zapatos, sin una vieja loca diciéndonos cómo hemos de vivir nuestras vidas.

—Sophie...

Pero su tía ya tenía bastante. Se puso en pie y señaló con el dedo a la joven.

—Ya está bien —dijo—. Ya me he cansado de ti y de tu insolencia. No me importa lo que haga Paige, ¡pero quiero que tú te marches de aquí antes de esta noche!

Dos semanas más tarde, Paige estaba de pie delante de la ventana de la habitación de la pensión, esperando ansiosamente el taxi que las iba a llevar al

aeropuerto. Ya llegaba un cuarto de hora tarde y temía que, si no tomaban ese avión, perderían también el ferry que las llevaría a Skiapolis.

Detrás de ella, Sophie estaba tirada en su cama, sin hacer nada por recoger sus pertenencias. Había dejado que fuera ella quien hiciera las maletas y Paige se tuvo que morder la lengua para no decirle que todo aquello era culpa suya.

Se había visto obligada a llamar a Nikolas y aceptar el trabajo que le ofrecía. Por lo menos, trabajar para él le daría un poco de espacio y le permitiría ahorrar lo suficiente como para poder pagar la fianza de un pequeño piso para cuando volvieran al país.

Fue un alivio que contestara otra persona, en vez de Nikolas. Un hombre que se había presentado como Donald Jamieson. Le había dicho que el señor Petronides había tenido que volver a Grecia y que le había dejado instrucciones por si ella se decidía a aceptar el trabajo.

Pero todo aquello no había mejorado nada sus relaciones ni con su tía, ni con su hermana, que seguía insistiendo en que ella nunca había probado las drogas duras, pero Paige sabía que no podía confiar en que no lo fuera a hacer en el futuro. Al parecer, el que fumara marihuana no era cosa reciente. Por lo visto, la fumaban casi todos los alumnos del colegio al que iba, así que, por lo menos, pensó que hacía lo correcto al sacarla de Londres por una temporada.

El taxi seguía sin aparecer y ella se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Significa eso que vamos a perder el avión? —

le preguntó Sophie esperanzada.

—No. Si lo perdemos, tomaremos otro, así que ya te puedes hacer a la idea de que nos vamos de verdad a Skiapolis.

—¡Skiapolis! No estaría tan mal si fuera Atenas o Rodas, incluso. Cualquier sitio del que hubiera oído hablar. ¡Pero Skiapolis! No sé cómo puedes justificar lo que me estás haciendo. Si papá estuviera vivo, él...

—¿Sí? Si papá estuviera vivo, ¿qué? ¿Qué haría él? ¿Crees que se sentiría orgulloso de saber que su hija menor es una drogadicta?

—No lo soy.

—Porque tú lo digas. ¿Y qué pasa con lo que le hiciste a la tía Ingrid? Papá le tenía mucho cariño. ¿Crees que te daría la enhorabuena por haberle pegado?

—Ella me dio primero. Y había estado rebuscando entre mis cosas. No tenía derecho a hacerlo.

—Y tú no tenías derecho a escaparte del colegio —le recordó Paige—. Si no tuvieras nada que ocultar, no estaríamos teniendo ahora esta conversación.

—Me gustaría que así fuera.

—Seguro. Pero la estamos teniendo y ya está.

En ese momento, Paige oyó el motor de un coche y suspiró aliviada.

—Ya está aquí el taxi. Toma tus cosas, nos vamos.

Sophie se levantó de la cama.

—Nunca te perdonaré por esto, Paige. ¡Nunca! Obligarme a vivir en una apartada isla griega con un viejo conocido de papá. Me voy a volver loca de aburrimiento.

—Mejor aburrida que enterrada.

Por suerte, Sophie no sabía nada de Nikolas, aparte de la historia que se había inventado acerca de cómo había conseguido el trabajo.

Era por la tarde cuando llegaron a Atenas y el calor se podía masticar. Incluso Sophie suspiró impresionada cuando salieron del avión. La luz era cegadora y, por unos minutos, incluso ella olvidó sus quejas mientras se dirigían a la terminal de llegadas.

Tardaron poco con las formalidades. Los policías griegos no eran inmunes a los atractivos de dos jóvenes que viajaban solas y, poco después, tenían todo su equipaje en el maletero de un viejo taxi que las llevó al Pireo. El ferry salía a las siete y Paige esperaba poder comer algo antes. No tenía ni idea de las comodidades que podía haber en el barco. Las veces que había ido a Grecia con su padre, nunca había salido de tierra firme. Por supuesto, habían visitado Skiapolis, pero en el yate de Nikolas. Aquella era una situación completamente diferente y no se hacía ninguna ilusión acerca de la posición que ocupaba ahora en la vida de él.

Recordaba que Skiapolis era una de las islas más pequeñas del archipiélago y que la mayor parte de ella era de Nikolas, si no toda. Recordaba que la comida y demás la solía llevar un pequeño ferry, en el que dudaba que hubiera mucho sitio para los pasajeros. Por suerte, el viaje no era largo, si no se habrían visto obligadas a dormir en cubierta.

Las instrucciones que tenían decían que debían recoger sus pasajes en una agencia de la *Plateia Ka-*

raiskaki y, después de que el taxi las dejara allí, arrastraron sus equipajes por la concurrida plaza. Sophie estaba como atontada por el calor, los olores y el idioma, pero aún así, soltó una exclamación al ver el brillo del mar. Estaba empezando a encontrar ese sol más una molestia que una bendición.

Por fin encontraron la agencia, donde les dieron los pasajes y les dijeron el muelle donde tenían que embarcar. Pero también que eso de que iban a salir a las siete era más bien simbólico. El barco llegaba con retraso y tendrían suerte si salían a las nueve o más tarde.

Sophie entendió bastante poco de la conversación que Paige estaba manteniendo con el agente. La oficina estaba llena de gente y hacía mucho calor, así que ella se quedó guardando las maletas de buena gana. Y, de paso, intercambiaba miradas provocativas con un joven moreno de cabello rizado, con vaqueros y zapatillas de deportes, cuyos bronceados brazos asomaban por las cortas mangas de la camiseta.

Ese flirteo silencioso no pasó desapercibido para Paige que, mientras trataba de prestar atención a lo que le estaba diciendo el agente, le hacía gestos furiosos a su hermana, sin mucho éxito.

Con los pasajes en la mano, se abrió camino hasta donde esperaba Sophie. Los dos jóvenes estaban charlando y, a juzgar por la cara de su hermana, no tenía problemas para entender al chico.

Apenas notó la llegada de Paige.

—¡Sophie! —dijo Paige dándole un codazo en las costillas—. Vamos a ver si encontramos un café. Me muero por algo fresco.

—Espera un momento —respondió Sophie agarrándola del brazo—. Este es Paris. El señor Petronides lo ha enviado para que nos acompañe. ¿No es magnífico?

Paige parpadeó.

—*Kirie* Petronides —dijo el joven—. Usted es *Kiria* Tennant, ¿*ohi*? Y *Thespinis* Tennant —añadió sonriendo a Sophie—. *Kalostone, Kiria*. Bienvenidas a Grecia.

Paige dejó de nuevo las maletas en el suelo.

—¿*Kirie* Petronides te ha pedido que nos vengas a buscar?

La distinción que había hecho el joven entre su hermana y ella al saludarlas la hizo rechinar los dientes. Probablemente ella parecía mucho mayor que su hermana en ese momento. Tenía calor, estaba cansada y no tenía la menor gana de soportar adolescentes.

—*Ne* —dijo echándose al hombro la bolsa de Sophie—. Si me siguen...

—Un momento. ¿Cómo sabemos...?

—Vamos, Paige —dijo Sophie—. ¿Cómo si no iba a saber nuestros nombres?

—Tal vez me haya oído hablar con el agente.

Pero entonces se dio cuenta de que no había mencionado para nada el apellido de Nikolas y añadió:

—¡Oh, de acuerdo!

Pero no estaba dispuesta a ir por ahí llevando sus dos bolsas. Si el chico podía llevar una tan fácilmente, bien podría llevar dos. Le dio un golpecito en el hombro y le señaló la otra bolsa y, a pesar de que la sonrisa del chico se esfumó un poco, la agarró también.

—¿No es un encanto? —le susurró Sophie al oído poco después—. ¡Un trasero precioso!

—¡Sophie!

Paige se dio cuenta de que parecía una solterona y, al fin y al cabo, su hermana tenía razón.

—Ves demasiada televisión —añadió.

—Bueno, a partir de ahora no lo voy a hacer, ¿no?

Paige no supo si eso sería bueno o no. Cuando había insistido en que fueran allí no había pensado que podía haber otras distracciones. Y Paris, si ese era su nombre, podía ser muy bien una de ellas para su hermana.

Para cuando llegaron al barco, ambas estaban abochornadas por el calor. El barco no era un yate, como había sospechado ella que sería, sino una motora.

Paris tiró las bolsas en la cubierta y saltó a bordo. Paige se sintió levemente irritada al ver cómo trataba el equipaje, pero luego pensó que, seguramente, lo habrían tratado peor en el avión. El chico le ofreció la mano a Sophie y ella subió a bordo. Luego hizo lo mismo con Paige, echándole de paso un buen vistazo a los muslos que dejó al descubierto la brisa cuando le levantó la falda.

Entonces el chico sonrió, consciente de la indignación de ella y, a pesar de esa indignación, se encontró sonriendo también. Solo era un niño, se dijo a sí misma mientras metían los bultos en la cabina. Probablemente él trabajaba y vivía en la isla y no creía que lo fueran a volver a ver.

Capítulo 3

EL viaje hasta la isla duró dos horas y Sophie se pasó la mayor parte del tiempo charlando en el puente con Paris. El chico fue muy solícito y les dio unos aperitivos para el trayecto.

Cuando llegaron a la isla, ya de noche, Paige supo que Nikolas no estaba en ella, así que las condujeron a sus habitaciones para que se cambiaran y prepararan para la cena.

Un rato después, Sophie llamó a su puerta. Paige abrió y su hermana se acercó a la balconada.

—Me pregunto cómo será la vista desde aquí —dijo—.Tú ya has estado aquí, ¿verdad? No he podido ver mucho, pero la casa parece muy grande.

—Lo es. ¿Te vas a poner eso para cenar? —le dijo refiriéndose al extremadamente corto vestido amari-

llo que llevaba y que apenas le tapaba el trasero.

—Bueno, no me voy a volver a cambiar. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, supongo.

—Solo porque a ti te guste la ropa aburrida, no significa que a mí me tenga que gustar también. Seguro que le gusta a Paris.

—Seguro que sí, si te pudiera ver. Pero hasta que no sepamos cuál es nuestra posición aquí...

—Yo creía que ya lo sabíamos. Vamos a hacerle compañía a la protegida de un viejo. Pero no esperes que me vista como una niñera. Tú puedes hacerlo, pero yo tengo mejores cosas que hacer.

Paige agitó la cabeza y cambió de conversación.

—¿Has deshecho ya las maletas?

—He sacado algunas cosas. Ya terminaré por la mañana. Hey, tu habitación es más grande que la mía. Eso no es justo.

—¿Quieres que las cambiemos?

—No. Solo la estaba admirando, eso es todo. Y creo que mi cuarto de baño es más grande que el tuyo.

—Bueno...

Paige decidió que ya era hora de que fueran a cenar. Se miró por última vez al espejo y luego se dirigió a la puerta.

—¿Vamos...?

—Ese tipo...

Las dos hablaron a la vez y Paige dejó hablar a su hermana, a pesar de que no estaba segura de que le fuera a gustar lo que iba a oír.

—Nikolas Petronides —continuó Sophie—. Debe